

Lo que cuesta abrir una puerta
Antonio Gómez Rufo
DIARIO 16. 31 de diciembre, 2000

Es probable que el siglo que está acabando llegue a ser considerado, con el tiempo, como otro "siglo de oro" para las artes porque ha visto nacer las obras magistrales de Picasso, García Márquez, Billy Wilder, Warhol y Bobbio; pero la última revolución cultural (dejando al margen la incursión de las nuevas tecnologías en la creación) se produjo en la década de los 60 y vino de la mano de cuatro jóvenes músicos de Liverpool que se llamaron The Beatles y que conformaron un movimiento ideológico, sociológico y cultural que ha marcado el resto del siglo. En los últimos veinticinco años, por lo tanto, no se puede hablar de ningún fenómeno cultural novedoso, trascendente o transgresor merecedor de ser destacado (con la excepción, acaso, de Madonna, Steven Spielberg y Bill Gates, sobre todo de la primera, sobre quien ya se realizan tesis doctorales en las universidades holandesas). Tal vez sea simplificar demasiado en la fenomenología y en la casuística (los espacios y los medios tienden a condicionar siempre la pormenorización), pero si hubiese que definir el último cuarto de siglo desde el punto de vista cultural (y en ocasiones no sólo cultural) no creo descabellado afirmar que las características de esta época pueden reducirse a tres:

- 1) La tendencia generalizada a realizar una revisión de lo acaecido durante el siglo XX con fines meramente descriptivos, no críticos.
- 2) La ausencia colectiva e individual de ideas nuevas, de ideas de fondo y de contenidos diferenciadores y trascendentes.
- 3) La importancia de la aplicación de las nuevas tecnologías, en continuo descubrimiento y expansión, a la difusión y creación culturales.

Todo lo cual sin dejar de lado una afirmación que puede parecer subjetiva, pero ampliamente compartida por lo que puede leerse en los escasos medios que aún sobreviven en el territorio del pensamiento, sin duda: los momentos del fin de siglo, los años 90 sobre todo, han sido un reino regido por la confusión intelectual, de igual forma que los primeros del siglo se caracterizaron por una fiebre innovadora con epicentro en París y los años 50 en Nueva York.

Sería prolijo repasar una por una las artes para realizar un análisis, por somero que fuese, del proceso cultural mundial en el último cuarto del siglo XX. Pero siquiera como aproximación apresurada, como apuntes válidos para una reflexión, puede considerarse que el mercado ha vencido al arte y la vulgarización se ha hecho fuerte en esta era. En concreto se ha producido una banalización de lo clásico (como ejemplo lamentable baste recordar a "Los Tres Tenores" cantando rancheras ante auditorios fanatizados); se ha llegado a una experimentación pictórica y escultural inútil traducida en instalaciones y "performances" sin ningún interés ni solidez (se han exhibido incluso cadáveres, en busca de libro Guinness más que del verdadero arte); se ha logrado una rendición incondicional de la literatura y de la música al mercado, con criterios empresariales basados en la política del 'best-seller' y el consumo inmediato, olvidando el "fondo editorial" e ignorando (o subordinando) los criterios de calidad; se ha llegado a la práctica

desaparición del teatro, incluido el musical y el postmoderno, el de la provocación, aunque otros fenómenos expresivos, como la danza contemporánea, hayan conseguido aparentemente resistir al amparo de sus públicos minoritarios; el cine se ha revolucionado con la inclusión de los efectos especiales y la incorporación de personajes virtuales, pero sin modificar en lo sustancial ni el contenido de las tramas ni el discurso moral, imitador de los conocidos ya a mitad de siglo, cuando Hollywood implantó las siete normas del guión (amor, humor, violencia, sexo, misterio, intriga y final feliz); finalmente, se ha universalizado el imperio de la televisión como elemento democratizador, pero también como creador de pautas culturales falsas, inmediatas e insustanciales, todo a la caza de audiencias y rentabilidades económico-publicitarias, es decir, del mercado.

A ello se añade el hecho de que la propia confusión mundial ha permitido que todo pueda ser considerado cultura, y probablemente lo sea. En ese aspecto, la generosidad pública no puede negarse. Desde los 80, es cultura también la artesanía, la bisutería, el turismo, el nudismo, el diseño, el graffiti, la fotografía por ordenador, la moda, las creaciones tecnológicas, el interiorismo en el diseño de las páginas web, las imágenes informáticas, los efectos especiales y la realidad virtual. Todo es cultura, incluso "el asesinato considerado como una de las bellas artes" si se retransmite en directo por un canal cualquiera de cualquier canal de televisión. Una persecución policial o una guerra. La realidad como arte, siempre que reúna dosis suficientes de espectacularidad, violencia y rigurosa actualidad.

Paradójicamente, en este proceso globalizador de la cultura, un proceso universal e imperialista, ha aumentado el respeto por las culturas negras y amarillas, por las creaciones y costumbres de las minorías étnicas y por sus modos de expresión. Pero es paradójico porque, además, se ha puesto de moda el fenómeno de la fusión entre ellos y los fenómenos culturales mayoritarios, con lo que se ha conseguido manipular lo esencial de esas culturas no contaminadas haciéndolas más comerciales, para satisfacción del mercado.

No obstante, no todo es negativo ni criticable en estos últimos veinticinco años. Si la televisión fue y es un elemento democratizador (ya se ha dicho), también lo serán las nuevas tecnologías, las autopistas de la información y las redes informáticas. Y en ese esfuerzo, que permitirá una mayor difusión de la cultura y acaso una creatividad cultural mayor y más innovadora, se ha venido trabajando durante este último cuarto de siglo, y aunque aún no se han llegado a sospechar siquiera los límites, al menos se está fabricando la llave que abre la puerta. Lo que cuesta abrir la puerta es mucho, pero con casi toda seguridad puede decirse que la llave ya se ha encontrado y que se ha dado con la cerradura. Hay que confiar en que los primeros años (o décadas) del siglo XXI traigan consigo nuevas vanguardias, innovaciones y creaciones culturales de las que el siglo entero pueda orgullecerse.

Porque los últimos años de este siglo han sido, en general, confusos, innecesarios y prescindibles. La mejor obra literaria, la mejor obra teatral, la mejor película y el mejor cuadro no se ha sabido crear en estos tiempos. Sólo la mejor llave para abrir el futuro. Lo que no es poco.